

# SERMONES ESCOGIDOS

DE LOS MANUSCRITOS LEGADOS

POR EL MALGRADO

CANÓNIGO ARCIPRESTE DE ESTA SANTA CATEDRAL BASÍLICA

EXCMO. SEÑOR

**D. Francisco Puig y Esteve**

Caballero Gran Cruz de la Real y distinguida Orden de Isabel la Católica,  
Ministro honorario  
del Supremo Tribunal de la Rota, del Consejo de S. M., Predicador de Cámara,  
autor y traductor de varias obras, etc., etc.

Serie I.<sup>a</sup>

COMPILADA Y PRECEDIDA DE UN JUICIO CRÍTICO

POR EL MUY ILUSTRE SEÑOR

**DOCTOR D. JOSÉ VALLET Y PIQUER**

Protonotario Apostólico de Su Santidad  
Canónigo Magistral de esta Santa Catedral Basílica, Catedrático de Teología  
Dogmática y Rector del Seminario Conciliar

✻ ✻



Con censura del M. I. Canónigo Doctoral

**Doctor D. Domingo Cortés**



BARCELONA

CASA EDITORIAL — LA AURORA — DIPUTACIÓN, 362

1885



SERMON  
DE  
SANTAS JULIANA Y SEMPRONIANA

PREDICADO

EN LA CIUDAD DE MATARÓ EN 27 DE JULIO DE 1861

*Omne quod natum est ex Deo vincit mundum; et hoc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra.*

I Joan, v, 4.

**E**a era de las persecuciones es la de los grandes combates que el cristianismo dió contra el viejo mundo; combates extraños, en los que la victoria era para los muertos, y en que el partido de los verdugos se iba debilitando á medida que crecía el número de las víctimas. Lo notable, sobre todo, es que la autoridad de la palabra quedaba siempre á favor de aquellos cuya voz se extingue en los cadalsos, y que la sangre de los már-

tires, considerada entonces como la escoria y la basura del linaje humano, lavaba una tierra manchada con todo género de iniquidades. ¡Ah! es que todo habia de ser extraordinario, inaudito, inexplicable en la gran transformacion social que, á la sazón, se operaba, y que tenia que dar por resultado el dejar puesta á la humanidad entera en los seguros caminos de la verdad y de la justicia.

Por eso la antigua Roma, despues de haber conquistado el mundo con la espada de sus capitanes, lo estaba conquistando ahora con las bases de sus sictores, que se hartaban de segar cabezas cristianas; lo estaba conquistando, digo, pero providencialmente y en provecho de otra Roma á la cual deberia la primera la conservacion de su famoso nombre y la gloria de la inmortalidad. De esa suerte, excederia doblemente á la Grecia, á quien habia hecho su tributaria, pero de la cual habia permanecido súbdita por las ideas; y despues de haber sido émula de tantas civilizaciones, se iba á convertir de repente en foco y santuario de una civilizacion nueva, más rica, más espléndida y más duradera que todas ellas. ¡Oh! ciertamente es un admirable periodo de la historia aquel en que se realiza el pro-

digioso sosiego de la Roma de Augusto en la Roma de Cristo, ese oscuro contemporáneo del primero de los césares, ocupado en los humildes trabajos del taller de un carpintero, mientras el emperador era aclamado y casi adorado en todo el orbe conocido.

Y lo es, en efecto, y lo es más todavía si consideramos á ese modesto artesano convertido en príncipe del nuevo imperio, en luz, ejemplar y universal maestro de la nueva doctrina y en capitán único de la nueva milicia, milicia inmortal y siempre gloriosa, en la que se impone á los que sirven bajo su noble estandarte la obligación, no sólo de combatir sin descanso ni tregua, sino la más difícil y heroica de siempre, vencer y triunfar. Y, sin embargo, siempre triunfan y vencen, y la victoria no puede dejar de ser decisiva, porque las armas que en la lucha se emplean son probadas é indefectibles. «Todo lo que procede de Dios vence al mundo; y la victoria que vence al mundo, es nuestra fe.»

Hé aquí por qué en semejante ejército no hallareis nunca vencidos. Si por acaso aparecen algunos, es que son cobardes ó desertores, indignos de aquellas proféticas calificaciones con que el Señor aseguraba

que (Isa., XLV, 23) «sus escogidos no trabajarían en balde jamás.» Aquí no hay nunca valor desgraciado; todo el que pelear, y pelear hasta el fin, llevará infaliblemente corona.

Vale pues bien la pena, H. M., de que nos alistemos todos en esa gloriosa milicia. Es verdad que hay que pasar en ella por grandes trabajos, pero la victoria es también indudable y segura. Si os resolvéis á combatir podeis contar con la certidumbre de vencer, triunfar y ser coronados.

Y si mis palabras no bastan, si necesitais ejemplos que os estimulen y alienten, venid y vedlos, hermanos míos, venid y ved, al menos en este día, el de vuestras esclarecidas paisanas, Juliana y Semproniana, que triunfaron porque combatieron, dando á la tierra, y en especial á vosotros, el insigne y consolador espectáculo de dos vírgenes tímidas que, por su fe, vencen con su misma flaqueza todas las fuerzas del mundo, es decir, todos sus errores, todos sus terrores, y todos los atractivos de sus falsos amores, para fortificar nuestra fe y animarnos á sostener el mismo combate, seguros de alcanzar iguales laureles y de poder cantar despues con ellas: *Hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra.*

—Ved ahí el asunto de mi discurso. Pidamos para desenvolverlo con acierto, los auxilios de la gracia.

—*Ave María.*

Al querer hablar de los mártires de Jesucristo, faltan las palabras para hacer su panegírico, y el sublime espectáculo de sus heróicas y pacíficas virtudes produce en el ánimo un no sé qué de respeto y entusiasmo á la vez, que éxcita extraordinariamente todos los afectos del corazon y al mismo tiempo traba la lengua y la deja como balbuciente. Por eso es tan difícil el tratar bien semejante asunto. Por eso me siento yo siempre incapaz de ponderar dignamente la gloria de unos cristianos que se dan á sí mismos en holocausto de su fe, en semilla de la verdad, y en espejo y estímulo de todos sus hermanos

¡Grande y envidiado destino, comparable tan sólo con el del divino Salvador, del cual son los mártires reflejo y complemento, cuyo sacrificio extiende por los miembros de su cuerpo místico, y cuya virtud hacen aún más fecunda con los atractivos de su propio ejemplo.

San Agustín, para hacernos comprender cuán

eficaz es en ellos la gracia de Jesucristo; los compara con Adan en el paraíso, idea bellísima que yo quiero también indicaros. La situación de Adan, antes de su pecado, ya todos la conocéis, es de tranquilidad y reposo perfecto; la del mártir, amenazado con todo género de tormentos, es de ansiedad, de angustia y de indefinibles terrores. En Adan reina la caridad como una soberana pacífica, sin violencia alguna de las pasiones; en el mártir la caridad viene asimismo, pero turbada por las pasiones y agoviada con el peso de un cuerpo incorruptible. Es verdad que impera sobre las pasiones como una reina, mas es como una reina sobre vasallos rebeldes que llevan su yugo con violencia y por fuerza. Adan está anegado en delicias y se ofrecen también delicias al mártir; pero las de que disfruta el primero son para excitarlo á vivir, y las que se muestran al segundo son para apartarlo de la verdadera vida. A Adan y al mártir promete Dios igualmente bienes muy grandes, sin embargo, Adan, gozoso y tranquilo, tiene ya lo que Dios le promete, y el mártir no tiene sino su esperanza, gimiendo entre tanto en medio de atroces dolores. Nada tiene que temer Adan más que el pecar; el pobre mártir

tiene que temerlo todo si no peca. Dios dice á Adan: si pecas, morirás, y al mártir le dice por el contrario: muere desde luego para que no peques, y muere muerte inhumana y horrible. La muerte será en Adan el castigo de su poca constancia, y la constancia será seguida en el mártir con una muerte cruentísima. A aquel se le detiene como por fuerza, á este se le precipita con una violencia espantosa. Y sin embargo; «¡oh admirable fenómeno! exclama San Agustín,» en medio de una felicidad tan grande, con una facilidad tan extraordinaria de no pecar, Adan se olvida pronto de sus dulces deberes,» y el mártir, por mas que al principio el mundo lo halague, y despues le amenace y acaba por descargar sobre él todos sus furores, rechaza todos los halagos, desprecia todas las amenazas y triunfa de todos los suplicios. El poderoso abandona la inmortalidad y el flaco vence á la muerte. La fuerza sucumbe, y la debilidad es victoriosa. Hé aquí el gran misterio de Jesucristo hecho carne: «En la debilidad resplandece la fuerza.» *Virtus in infirmitate perficitur.*

Y ¿no son esos el espíritu y el testimonio que brillan principalmente en nuestras Santas? Nacidas y



educadas en el paganismo, flores tiernas aun, de este privilegiado suelo, apenas ven brillar en su horizonte los primeros albores de la verdad, se enamoran de ella, la abrazan y se hacen sus amorosas cautivas. Muy pronto darán frutos maduros de honor y de gloria. Entre tanto sin las caricias maternales, ni las reconvenciones de sus deudos, ni las promesas de sus mismos enemigos, ni las amenazas de jueces sin piedad, pueden hacer mella en su constancia, y, siguiendo á su maestro Cucufate, como aquellas piadosas mujeres de Sion al divino Salvador, quieren ser testigos activos de sus excursiones y de sus triunfos evangélicos, y lo son luego de su suplicio y de su santa muerte. Contempladlas derramando por todas partes el perfume de su fé, atrayendo con el encanto de su virtud las miradas de los indiferentes, y la atencion de sus mismos adversarios sobre una doctrina que sabe trocar el corazón de la mujer en tesoro de sacrificios tan desconocidos y que convierte á dos vírgenes, delicadas niñas, en atletas vigorosos de su fe y en heraldos ensangrentados pero eternamente elocuentes de la *buena nueva*. ¡Oh! ¿quién obra esas maravillas? Angeles del cielo, que guardais escondido para nos-

otros el secreto de esas dos vidas, decidnos, ¿por qué caminos llegaron nuestras Santas, tan presto y tan felizmente, á la cumbre de tan desusado heroísmo? *Hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra.*

Si, sí, hermanos míos; la fé que hizo de un pobre pescador del mar de Galilea un príncipe de los pastores, de un perseguidor de la Iglesia naciente un vaso de eleccion y un doctor de las naciones, de un publicano un evangelista y de una pecadora pública una santa; la fé hizo de Juliana y Semproniana dos heroínas de la verdad y dos apóstoles de su pueblo. La fé no es solo un acto del entendimiento, es además un acto de la voluntad, porque para creer es preciso querer, y para querer es necesario luchar; y así como en la ciencia la voluntad es humillada y el entendimiento vencido ó *convencido*, la voluntad y el entendimiento son siempre victoriosos y triunfantes en la fé. Puede decirse que creer es escoger, querer y amar á la vez. Por eso el acto de la voluntad humana más libre, más poderoso y más solemne de todos es la fé. Dios ha querido que el fundamento habitual de la vida cristiana fuese un acto incesante de sacrificio, de libertad,

de fuerza y de poder, poder tan grande, que es capaz de trasladar los montes y detener las aguas en su curso. Por eso es tan noble y tan persistente la voluntad de los que están firmes en la fé; por eso los hombres de fé han hecho y harán aún tan grandes cosas; por eso su vida es tan rica en actos de abnegacion y de sacrificio, y la historia no cesa de repartirles alabanzas y coronas inmortales. *Hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra.*

De suerte, hermanos míos, que el sacrificio de Juliana y Semproniana fué, religiosa y filosóficamente hablando, una cosa natural y lógica. La confesion de su fé les acarreó los enojos del tirano, su paciencia produjo, en confirmacion de las palabras del grande apóstol, su esperanza, y su invencible consecuencia les hizo á la vez blanco de todos los tormentos y víctimas gratas al Altísimo. Su fé puesta á las más duras pruebas, y su amor al casto esposo de las almas combatido con tal linaje de asechanzas, no podia dar otro resultado que el que dieron. Es de creencia de la fé acrisolada el darse á sí mismo toda entera y sin reserva. Una vida tan ardientemente consagrada á Jesucristo cuando más arreciaba la persecucion, y más doblaba sus esfuer-

zos el infierno como si presintiese la proximidad de la gloria de la Iglesia con la paz de Constantino; una vida tan noblemente cristiana debía terminar con el generoso holocausto de su sangre, haciendo á las dos hermanas hostias vivas de su fé, inmoldadas á la exaltacion del nombre de Cristo y á la edificacion de sus hermanos. Las cabezas de nuestras Santas caen bajo el hacha del verdugo, y sus almas reciben, entre coros angélicos, la doble palma de la virginidad y del martirio. *Hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra.*

Así se realizan y se cumplen los sagrados vaticinios. El mundo, despechado de la energía y del valor heroico de dos tiernas niñas, ensaya con ellas todas sus crueldades, las hace beber hasta las heces el cáliz de sus iras, y no pudiendo quebrantar su constancia con tantos suplicios y tormentos, se imagina quedar victorioso quitándoles el bien transitorio de la vida. ¡Ah! lo que les ha quitado es el trabajo, la fatiga, la mortalidad. «¿Donde está, oh muerte, tu victoria?»

Desde entonces tienen vida imperecedera en la felicidad sempiterna de Dios, y sus cuerpos, antes despreciados, atormentados y sacrificados, vuelven

despues de catorce siglos de ausencia á reposar entre vosotros esperando el gran dia de la resurreccion de la carne, rodeados de la magnífica aureola de honor y de gloria que formara en torno suyo la piedad de sus contemporáneos y que vosotros continuais con vuestra devocion y vuestro culto.

Sólo falta, hermanos míos, que esa devocion y ese culto no se limiten á haceros admiradores estériles de tan grandes hechos, sino que, dejándoos penetrar del espíritu y de la gracia que las produjera, sean para vosotros Juliana y Semproniana el claro espejo de nuestra vida y el estímulo permanente de vuestra piedad. Que vuestra fé, tal vez floja y tibia ó acaso empañada con los vapores de pasiones culpables, se despoje y acrisole con la contemplacion del martirio y preclarísima muerte de nuestras santas patronas. Que la sangre de nuestras hermanas derramada para dar testimonio de su fé y expansion á su ardiente caridad, anime y acalore la vuestra, á fin de que seais todos miembros siempre vivos del cuerpo místico de Jesucristo, y dignos como ellas de recibir despues coronas inmortales, en nuestra verdadera patria que es el cielo. Amen.